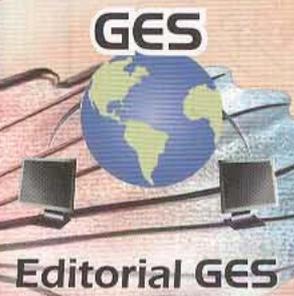


Manuel Antonio Guillén Puente

Construyendo competencias en

Ética y valores 2

hacia una formación integral





El trazo de los tiempos modernos

En una de las mayores obras de la pintura del siglo XX, el *Estudio sobre el retrato de Inocencio X de Velázquez*, realizada por el pintor inglés Francis Bacon en 1954, es posible ver lo que la Modernidad representó para el mundo occidental y, por extensión, para el resto del mundo. En el óleo de Bacon, el retrato realista original de Velázquez —que con su maestría tradicional transmite la gallarda tranquilidad del poder eclesiástico medieval—, queda desprendido de su aura original para lanzar su discurso pictórico a un nuevo y convulso mundo: la figura altiva y apacible del papa Inocencio X queda sacudida y dislocada, transformada en un ser cadavérico y espectral, como un ente que ha sido devastado por una descarga eléctrica.

La magistral obra de Bacon encapsula así el significado profundo de la época moderna: la civilización occidental se lanzó hacia el futuro con inusitada aceleración, dejando atrás siglos de letargo en el desarrollo del conocimiento, gobiernos inquisitoriales y sojuzgamiento de la dignidad. El centro dinámico del lienzo de Bacon transmite justamente eso: el nacimiento de la Modernidad como un *electroshock* en el orden socio-cultural hasta entonces establecido; una onda energética que hizo estremecer todos los presupuestos de la civilización europea.

Durante su larga vida —digamos que entre la publicación del *Discurso del Método* de Descartes en 1637 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945—, la Modernidad no fue una realidad histórica y socio-estructural inmóvil y estable. Por el contrario, se rigió por un principio dinámico de acrecentamiento de los presupuestos culturales, sociales e ideológicos sobre los que descansaba. En el camino, el resultado fue un incremento sin precedentes de la libertad individual, aunado a un mayor poder de las estructuras macro sociales como el Estado, el sistema financiero y los medios masivos de comunicación; un aumento exponencial de la calidad de vida de las clases altas y medias del mundo entero, paralelo a la creciente depauperización de millones de personas a lo largo y ancho del planeta; el escrutinio sistemático, exacto y certero de innumerables maravillas microcósmicas (las ciencias de la vida) y macrocósmicas (la astronomía y la astrofísica), aunado a un usufructo salvaje de nuestra nutritiva placenta primigenia: el planeta Tierra. Tal es, entonces, el paradójico resultado de los tiempos modernos. En medio de dichas contradicciones, la Modernidad ha llegado a su fin.

Antenas en la estratosfera

En su obra *Antenas estratosféricas*, de 1949, el muralista mexicano David Alfaro Siqueiros pintó lo que bien podría ser una alegoría de las consecuencias de la Modernidad. Una masa dinámica, potente e incandescente, plagada de angulosidades geométricas y circunvoluciones, que sólo se vincula con el mundo originario por medio de tensos y finos cables conectados desde el agigantado volumen estratosférico hacia unos salientes, tipo volcanes, de la superficie terrestre.

INTRODUCCIÓN

Alcanzando su punto de mayor esplendor, la Modernidad devino una especie de ultra modernidad y, de ahí, se transformó en postmodernidad. Justo ese es el momento en el que nos encontramos. Si desde siempre los seres humanos han trazado una colindancia con relación al resto de la naturaleza como simple principio de sobrevivencia, hoy más que nunca estamos tremendamente exiliados del medio ambiente terrestre. Procesos imparables de urbanización, redes globales de transportes, incesantes intercambios mercantiles a lo largo y ancho del planeta, producción desmesurada de desechos orgánicos y sobre todo inorgánicos, etcétera, han dado a la civilización postmoderna su cariz indeleble. Todo ello ocurre sin tregua ni descanso cada día, todos los días.

La separación radical del mundo del hombre con relación a la naturaleza, incluye la separación del hombre por el hombre. El mundo hiper tecnológico que hemos construido en los últimos cien años —y que conforma ya una verdadera *tecnosfera*—, reproduce en su interior las relaciones de dominio y sojuzgamiento que el ser humano lleva a cabo sobre lo no humano. Así, si el hombre tecnológico es el máximo explotador de los animales, los vegetales y los minerales de la Tierra, a los que ve como simples materias primas para sus necesidades, también lo es con los de su misma especie. Algunos hombres se hacen con el poder y los medios materiales y coercitivos para ejercerlo plenamente, y someten al resto de los hombres, a los que ven sólo como recursos vivos para cumplir determinados fines, tanto legales como ilegales.

Tal es el ambiente enrarecido de nuestro tiempo. Su particularidad plantea altas exigencias para la ética contemporánea; éstas pasan por la necesidad de un entramado teórico necesariamente complejo para que pueda acoplarse a un entorno socio-histórico igualmente complejo. Se requiere, por tanto, de la discusión franca acerca de los grandes temas de nuestra civilización y sus acuciantes problemas: las consecuencias del desarrollo de la tecnología y los males de la civilización industrial; los crecientes problemas bioéticos; la relación del hombre con la naturaleza; la pérdida del faro moral en situaciones dominadas por el mercantilismo y el afán de lucro, etcétera.

Esa ha sido la intención y el acabado del presente libro. En el camino guiará al adolescente a madurar su criterio, a que salga por un instante del mundo del divertimento electrónico y cibernético de nuestro presente y se enfrente con una realidad de la que es parte ineludible: su propio mundo de la vida. Para ello nos hemos valido del entramado cognitivo-didáctico del enfoque por competencias, en sintonía tanto con las exigencias de la SEP, como con nuestro propio convencimiento de que, al día de hoy, es la mejor manera de llevar a cabo un curso de Ética y Valores para los muchachos de bachillerato.



Actividad: encuentra las diferencias

En equipo, haz con tus compañeros un cartel ilustrado en el que expongan, con breves anotaciones, las diferencias que existían en materia de religión y de avances científico-tecnológicos entre las sociedades precolombinas, particularmente los aztecas, y las sociedades monárquicas europeas.

El descubrimiento de América marca el inicio del segundo gran círculo de las globalizaciones de la humanidad. De acuerdo con Sloterdijk, pueden ser identificados tres grandes ciclos o estadios de la globalización que se distinguen, «en primer término, por sus medios simbólicos y técnicos: marca una diferencia de época que se mida con líneas y cortes una esfera idealizada, que se dé la vuelta con barcos a una esfera real o que se hagan circular aviones y señales de radio en torno a una envoltura atmosférica de un planeta» (Sloterdijk, 2007: 27).

La distinción de Sloterdijk afirma un primer momento histórico en el que la raza humana pensó la globalización: un cosmos perfecto y cerrado del cual la Tierra era una parte integrante esencial, digna e inmutable. Después, la gran era de la globalización material, que inicia con el descubrimiento de América: las extenuantes circunnavegaciones a lo largo y ancho del planeta, trazando rutas marítimas, canales de intercambios comerciales y mercantiles, elaborando extensos mapas y nombrando tierras desconocidas. Finalmente, la globalización que corresponde a nuestra era moderna/posmoderna: tiempo del cableado electrónico y microcircuitual del mundo, sincronización de actividades planetarias (hoy puedes conversar electrónicamente -“chatear”- con una persona en Tokio o en Shanghai sin importar horario o distancia, por ejemplo) y de la configuración de una red mundial de rutas aéreas.

La Europa que ve nacer la Modernidad saca el máximo provecho de la segunda globalización. Para cuando Colón está por confirmar su hipótesis del huevo terráqueo (hay que recordar que para el almirante genovés la Tierra no tiene la forma de un globo, sino de un huevo), la vasija de las maravillas renacentistas ha sido colmada y de ella se liberará, como en una improbable transformación alquímica, la magia de la Modernidad: imprenta (y con ella, la expansión del conocimiento); bancos, créditos, casas de préstamo, inicio de los primeros seguros sobre bienes y sobre travesías, economía especulativa de mercado; popularización del cálculo matemático e inicio de las matemáticas financieras; mejoras en el timón y en los velámenes de las embarcaciones, refinamiento de los instrumentos de medición marítima, trazado cuidadoso de mapas, señalamiento de rutas oceánicas, corrientes, vientos y épocas de temporal, afianzamiento de la ética de los navegantes (todos dan de sí para el cumplimiento de las misiones, dejando de lado incluso sus más íntimas creencias, como el miedo a los monstruos marinos); apertura acelerada de caminos desde los grandes puertos (Sevilla, Barcelona, Génova, Brujas, Ámsterdam, etcétera) a las tierras interiores; recuperación de la población, tras la merma causada por las grandes epidemias de un siglo atrás; formación del espíritu aventurero



Continúa
con la lectura



y expedicionario; confianza en la importancia de la Tierra en el universo, y del hombre en la Tierra; afirmación del carácter europeo; convencimiento de la ideología evangelizadora y del papel del progreso en los designios de la historia.

Historia y fortuna se fundirían en las acciones de los europeos a partir de ese momento. «La Europa occidental iba a convertirse en lo que yo llamaría un Continente-Historia, espacio geopolítico dotado de una fuerza ideológica, económica y política suficiente como para decidir la Historia del mundo e imponer a los demás su propia versión» (Attali, 1991: 15).

Con la apertura del mundo hacia su plena esfericidad geográfica, la mentalidad europea se expande por caminos insospechados y fructíferos, aunque no siempre luminosos. Vimos en nuestro primer libro cómo Bartolomé de las Casas denunció las injusticias y atrocidades que los conquistadores españoles cometían de manera sistemática en contra de la población indígena de América; con base en su impecable argumentación ética, el influyente religioso español dedicó la mitad de su vida a hacer proselitismo a favor de la causa de los indios americanos, en contra de la crueldad de los conquistadores y a favor de una mayor comprensión intercultural. Al cabo, hoy podemos reconocer en su esfuerzo teórico y en su tesón justiciero al primer héroe de los derechos humanos en la historia del mundo.

Ahora, siguiendo la característica agudeza filosófica de Peter Sloterdijk, especularemos sobre las causas de la crueldad sistemática de los conquistadores para con los pobladores originarios de las tierras descubiertas.

Desde que los hombres se agruparon en un espacio recurrente y dejaron de vagar por las infinitas extensiones de un planeta desierto de seres humanos, comenzaron a construir viviendas, a cosechar su alimento y a amansar animales para su usufructo, iniciaron un proceso en el que dieron forma y solidez a una esfera vital compuesta por la tierra, la lengua y la fe. El lugar de nacimiento se convirtió en la casa de origen, en el espacio moral que configura la vida, las acciones, las interacciones y las sanciones posibles a lo largo del paso de los hombres por



el planeta. En las palabras y los paisajes comunes resuenan los preceptos, los impedimentos, los espacios de libertad y, sobre todo, los límites a la libertad de acción, tanto en estricto sentido espacial, como en el todavía más estricto sentido moral.

La esfera vital impone un horizonte de valores y normas que los individuos de la Europa renacentista/moderna interiorizaban en sus sistemas cognitivos desde la primera infancia. De manera que cuando esa

esfera vital, delimitada geográficamente y moralmente, desaparece en la vastedad del amplio, interminable océano Atlántico, se disuelven en su enormidad acuática los límites valorativos y conductuales de los expedicionarios-conquistadores, quienes desembarcarán en tierras para ellos desconocidas. Una vez liberadas, esas amarras no

serán recuperadas al pisar los nuevos territorios que, por extraños y exóticos, serán el receptáculo de la liberación de todas aquellas oscuras fuerzas, apetitos y deseos que la esfera-patria original había mantenido a raya: «En los desiertos de agua y en los nuevos territorios de la superficie terrestre los agentes de la globalización no se comportan jamás como habitantes de un territorio propio. Actúan como desenfrenados que ya no encuentran motivo en ninguna parte para respetar alguna ordenanza de la casa [...] Sin ninguna razón especial, durante su primer viaje a la India, en 1497, Vasco de Gama hizo quemar y hundir, tras un pillaje exitoso, un barco mercante árabe

con más de doscientos peregrinos a la Meca, mujeres y niños entre ellos, a bordo: preludio de una historia universal de horribles delitos externos» (Sloterdijk, 2007: 137-138).

Para bien y para mal, el mundo iba a cambiar para siempre en 1492. Una oleada de crueldad sin igual (que fue denunciada puntualmente por Fray Bartolomé de las Casas), al mismo tiempo que el impulso que protege los últimos rastros de pensamiento mágico renacentista, da inicio a una época sin comparación en la historia de la humanidad, del planeta, del universo conocido: el lance imparable de la raza humana hacia el futuro, con el arribo de la Modernidad.

